

LIBRO SEGUNDO

LOS MECA

CAPITULO PRIMERO

Los ulmeca. — Leyenda vulgar — Su explicación. — Primera noticia del pulque. — Relato de Sabagún. — Los *vixtoti*. — Primera leyenda de la invención del pulque. — Procedencia de los ulmeca. — Raza á que pertenecían. — Los meca. — Región de Xalixco. — Diversas tribus meca. — Los chichimeca — Los nonoalca. — Xelhua. — Época en que llegaron los ulmeca — Pirámide de Cholula. — Teocracia. — Trajes. — Fortaleza ulmeca. — Sistema de defensa. — Combinación de los *mounds* de señales. — Las pirámides de Veitioacán. — Mamemhi — Ottumwa. — Origen de la palabra otomí. — Armas de los pueblos del Sur. — Flechas de madera petrificada. — Obsidiana. — Talleres de armas. — Lanzas — Hermosa respuesta de Coboxh. — Dardos, cuchillos y dagas. — Hachas. — Porras — Corte de madera. — Semejanza con las pinturas egipcias. — Embijamiento. — Banderas. — Táctica. — Su carácter defensivo. — Defensa en los escalones de las murallas y en las pirámides. — Batalla. — Huida.

Comienzan, en lo general, nuestras historias antiguas por decir que la primera raza que llegó al país fué la de los ulmeca. Los cronistas ponen en la genealogía de *Iztacmíxcóhuatl* y de *Ilancuey*, por primer hijo á *Xelhua* y por tercero y cuarto á *Ulmécatl* y *Xicaláncatl*, y dicen que aquél pobló de Izócan á Tehuacán y Teotitlán, y éstos en Huicilapa y Cuextlacoapa, que es donde ahora está la ciudad de Puebla; pero que *Xicaláncatl* se fué poblando hacia Coatzacoalco en la orilla del mar.

Veytia nos ha conservado la tradición más común. Según ella, en compañía de *Ulmécatl* y *Xicaláncatl* vinieron los tzapoteca, probablemente por mar, y desembarcando en el Pánuco, extendiéronse y ocuparon el territorio que fué después de Tlaxcalla y Huexotzinco, en el que se comprendían Cholóllan y el sitio que hoy ocupa Puebla. Dicese que lo escogieron por lo apacible y suave del clima; por ser buena y fértil la tierra para sus siembras de maíz, frijol y chile; por tener agua abundante de muchos arroyos, á más de los ríos caudalosos Atoyac y Zahuápan, y finalmente, por su monte lleno de maderas y cacería. Agrégase que en las riberas del Atoyac encontraron gigantes que como brutos vivían desnudos y suelto y desgreñado el cabello;

comiendo carne cruda de aves y fieras y frutas y hierbas silvestres; cazando las aves con flechas y las fieras con gruesas porras de ramas que desgajaban de los árboles. Eran crueles y soberbios y muy dados á la embriaguez, pues sabían sacar de la planta del maguey el jugo del pulque. Y se cuenta que á pesar de ser tan bárbaros los gigantes, *quinamétzin*, recibieron de paz á los forasteros y les permitieron poblar en sus tierras, mas sujetándolos al pago de cuantiosos tributos y á vejaciones tales, que llegó el momento de no poder sufrirlos más y de acabar de una vez con ellos. Para conseguirlo les prepararon el banquete de que en otro lugar hemos hablado ya, y cuando los vieron ébrios y tirados por el suelo acabaron con todos en un día, quedando libres de la esclavitud y señores de la tierra. Agrega Veytia que su primitiva y principal ciudad fué Cholóllan, siendo su territorio el de esa ciudad, el de Puebla y el de Tlaxcalla, y según sus cálculos acaeció esto hacia el año 107 de nuestra era.

Esta es la leyenda vulgar y la más aceptada por nuestros cronistas. Su explicación es sencilla. Los gigantes, *quiname*, son el pueblo autóctono, los otomíes, que indiscutiblemente ocupaban esa región desde los primeros tiempos y que vivían en estado salvaje, mientras

que los olmeca pertenecían á una raza civilizada, y eran de costumbres bárbaras y dados á la embriaguez porque ya sabían extraer del maguey el *octli* ó pulque.

Es curioso encontrar la primera noticia del licor embriagante de nuestro pueblo, que también lo fué de los antiguos mexica. Desde los tiempos más remotos usáronlo los otomíes, y precisamente en su territorio, en la faja que se extiende entre el de Tlaxcalla y el de la antigua Cuexteca, es donde se da con más abundancia y de mejor clase el *metl* del pulque, pues no toda clase de maguey lo produce. Esto nos hace comprender que es el maguey planta originaria de esa región; y hay que advertir que es más fino que el del rumbo de Xalixco, que produce pulque de clase inferior, y mucho más que el henequen de la península maya que no lo produce. Cuentan los campesinos que hay un animalito, á manera de rata ó tuza, que por instinto natural raspa el tronco del maguey con su trompa, que tiene cierta forma como de cuchara; en el lugar raspado va brotando y depositándose el jugo ó agua miel de la planta, y entonces vuelve el animalito á beberse el licor. Dicen que los indios de ese animal aprendieron á hacer el pulque. La verdad es que de la misma manera producen el agua miel, que después extraen absorbiéndola con unos calabazos largos que llaman acocotes y fermentándola en unas tinajas de cuero.

Continuando en la explicación de la leyenda, diremos que por el rumbo de su venida debieron llegar del Tamoanchán. Fortuna es que Sahagún nos haya conservado la leyenda primitiva. Él, en efecto, nos dice que los olmeca salieron de Tamoanchán y que se llamaban *vixtoti*, pues, como veremos, aquel primer nombre les fué impuesto por los nahoas. Sahagún les atribuye á ellos la invención del pulque. La inventora fué una mujer, *Mainoel*; ella comenzó, y supo primero raspar los magueyes y sacar el agua miel, y *Pantécatl* fué el que halló las raíces que en ella se echan para fermentarla. Llegaron después á hacer el pulque á perfección *Tepuztécatl*, *Quatlapanqui*, *Tilola* y *Papatztactzocaca*: éstos hicieron la invención en el monte llamado Chichinauhia, y como el pulque hace espuma, también lo llamaron *Popoconaltépetl*, que quiere decir *monte espumoso*.

Aunque diverso el relato, siempre resulta que la invención del pulque fué en la misma región; en ella está Teotihuacán, y Sahagún dice expresamente que llegaron á él los emigrantes de Tamoanchán. Le da como primer nombre *Veitioacán*, diciendo que significa *lugar donde hacían señales*.

Pues bien, si los olmeca vinieron de Tamoanchán, era la raza del Sur que de ahí se desbordaba sobre nuestra Mesa Central. Esto lo comprenderemos más con la descripción que Sahagún hace del país primitivo de los olmeca. Dice que eran del oriente, esto es, de la costa del Golfo, y que los llamaban *tenime*, porque

hablaban lengua diferente de la nahoas; que sus tierras eran muy ricas, fértiles y abundosas de todos frutos, y que en ellas se daba el cacao y las especias aromáticas llamadas *teunacaztli*, la vainilla; que allí había aves de plumas riquísimas, papagayos de vistosos colores y el pájaro quetzal de cola primorosa; que de allí traían las esmeraldas y las turquesas y mucho oro y plata, y que era región tan hermosa que la comparaban los antiguos con el *Tlalócan* y le daban su nombre. De sus trajes, dice que los unos usaban mantas y otros jaquetillas y *maxtli*, y que las mujeres eran grandes tejedoras y muy pulidas en hacer labores en las telas; que se ponían ajorcas muy grandes de oro, sartales de piedras finas en los brazos y joyeles de éstas y de aquél al cuello, y que hombres y mujeres llevaban cotaras muy pulidas, siendo algunas de *ulli*.

No puede hacerse una descripción más exacta de la región del Sur, de la costa del Tamoanchán. Y no se extrañe que Sahagún diga que son tolteca, como dice en otra parte que los de Tamoanchán eran chichimeca, porque los antiguos cronistas no tuvieron idea ni conocimientos de la etnografía de las razas. Fueron, pues, los vixtoti, la raza del Sur que penetró en nuestra Mesa Central y que ocupó el terreno comprendido entre Teotihuacán y Cholóllan, en donde al principio de la época histórica se nos han presentado los xicalanca y los olmeca.

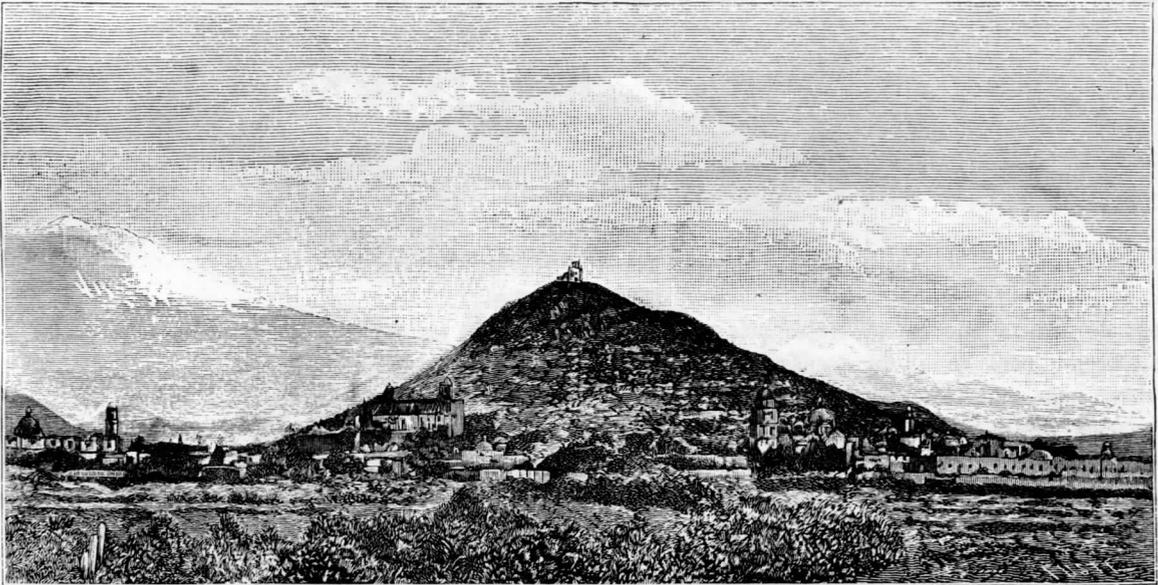
Merece este nombre mayores explicaciones. Al ir bajando al Sur los nahoas encontraron una gran región en que dominaba una planta especial y para ellos desconocida. el maguey, *metl*, y de ahí dieron á sus habitantes, conforme á sus reglas gramaticales, el nombre patronímico de *meca*. Para ellos eran meca todos los habitantes de la extensa región en que el maguey se producía, es decir, desde nuestra actual frontera del norte hasta Yucatán. Eran, sin embargo, más ricos en su producción el territorio de Xalixco y el que ocuparon los olmeca, y allí debemos buscarlos de preferencia. Había al sur de los pueblos puramente nahoas una vasta extensión de terreno fértil y hermoso, que hoy se llama Estado de Jalisco, en el cual vivían tribus menos civilizadas; las unas habitando en cuevas, verdaderos trogloditas, y otras viviendo en las islas ó á orillas de los lagos, que entonces eran numerosos, pues señales inequívocas de su anterior existencia han dejado en aquellas regiones. Nadie ha fijado atención especial en aquella raza ni nos ha revelado su nombre genérico: eran los meca. Todavía hoy, para designar á los indios de la frontera, les dicen los mecos, y en parte del Estado de Guanajuato se habla aún el jonaz ó meco. Los meca ni por sus costumbres ni por sus tradiciones eran nahoas; el jonaz, el pame y todos los dialectos que les pertenecen, tienen estrecho parentesco con el otomí. Eran, pues, de la raza autóctona; pero por su vecindad con los nahoas ó por haber sido con-

quistados por ellos, recibieron algo de su civilización y de su lengua. Sin duda que varias de las tribus no la hablaban, y muy pocas lo harían con propiedad; y por eso hay cronistas que dicen que tenían idioma propio. Eran tribus y no nación, aunque en la genealogía convencional se les ponga bajo el mando de un solo jefe llamado *Chichimecatl*. Sabemos los nombres de algunas de esas tribus, como los ameca ó meca del agua, próximos á la costa del Pacífico: hasta ahora existe allí la ciudad de Ameca. Agreguemos los chalmeca ó meca pulidos, los mexcalteca, los mexica y los teochichimeca, que fueron después los tlaxcalteca. El nombre genérico que abraza á todos en la historia es el de chichimeca.

En lo general se tienen por salvajes á todas esas

tribus y se dice que su nombre viene de *chichi*, perros, para expresar que eran del todo bárbaros. A su tiempo examinaremos esta cuestión: bástenos por ahora decir que todas las naciones de la época mexicana las tenían por antepasados y se preciaban de descender de ellos. Esto nos explica el nombre *chichimeca*: *chichi*, como verbo significa mar y como nombre lo mismo es la teta que la nodriza. Así es que chichimeca tanto venía á expresar como la raza meca, madre de todos aquellos pueblos ó naciones.

También llamaron meca á los que ocuparon la región del maguey al sur de nuestro Valle, y por haber venido de una región en que se da el hule ó *ulli*, dijéronles ulmeca. En cuanto á la palabra *vixtoti*, ó es nahoa, aunque corrompida, y significaría pájaros ó gente



Estado actual de la pirámide de Cholula.

del sur ó tuvo su origen del maya y querría decir montañeses, á causa de haber llegado por las serranías de la Cuexteca.

Pero encontramos todavía un tercer nombre á esa rama de los pueblos del sur: el de nonoalca. Poseemos tres códices manuscritos que de los nonoalca se ocupan, al mismo tiempo que de los tolteca, con los cuales unieron más tarde sus destinos. Estos documentos inéditos y desconocidos, pues apenas se comenzó á publicar uno de ellos, de altísima importancia y escritos en el idioma de los naturales á poco tiempo de la Conquista, aunque en el estilo semibárbaro de los primeros manuscritos mexicanos, nos hacen saber que los nonoalca, antes de unirse á los chichimeca y después á los tolteca, se habían confundido con los ulmeca.

Es de notar que en uno de esos códices ponen los nonoalca á Xelhua entre sus fundadores y dan razón de sus expediciones y su muerte. Xelhua es un personaje

raro: unas veces aparece como el jefe de los ulmeca y otras como el representante de una raza anterior: en la genealogía de *Iztacmixcóhuatl* es el primer hijo, mientras que Ulmécatl es el tercero; pero en otras partes se dice que él levantó la pirámide de Cholollan, con lo que se le hace claramente de la raza del sur, y aun á ocasiones se nos presenta como el jefe de los quiname, es decir, otomí.

Mas dejemos á un lado cuestiones inútiles: el pueblo que levantó las pirámides era venido necesariamente del sur. Veytia pone su llegada en el segundo siglo de nuestra era; ya nos ocuparemos más adelante de estas diferencias cronológicas: otras autoridades la colocan en el año 955 antes de nuestra era. Esto es más probable, supuesto que los vixtoti fueron los que levantaron las pirámides de Teotihuacán y de Cholollan, y éstas por su construcción pertenecen á la misma época de las del valle del Mississipi. Poderosas ya y muy

pobladas las teocracias maya y quiché y extendida la raza al Tamoanchán, desbordóse por el norte á la región de los *mounds* y por el poniente al territorio ulmeca. Allí alzaron las famosas pirámides de Veitioacán ó lugar de señales y de Cholóllan, cuyo nombre nos parece corrupción nahoa de otro de lengua extraña, probablemente maya: en el sur de la península encontramos un Chulul. Según un manuscrito de nuestra colección el primer nombre de Teotihuacán fué *Quitemaqui*.

Pero no fueron éstas las únicas pirámides por ellos levantadas y que atestiguaran la raza y su origen: puede decirse que desde que comienza la Mesa Central hasta esas dos antiguas ciudades, hay una serie no interrumpida de construcciones de tierra, que ya apenas se notan como ligeras elevaciones del terreno.

Dijimos que estas pirámides corresponden á las del Mississipí, y vamos á ocuparnos de la construcción de

la de Cholula. Cualquiera que hoy sin antecedente ninguno la contemplase, cubierta toda de vegetación, perdida la forma primitiva y con un templo católico en su cima, no podría sospechar que fué el portentoso *homul* que construyó Xelhua, el jefe de los vixtoti.

No es de piedra labrada sino de adobes de tierra; corresponde por lo mismo á las primeras construcciones de Aké y de Izamal. Veytia refiere que la reconoció por varias partes, y que una capa de poco más de media vara de grueso es de piedra menuda y tierra y otra de adobes de cuarenta centímetros de largo por ocho de altura, las que sucesivamente se van alternando. Parece que esta pirámide estaba exactamente orientada, lo que no es fácil reconocer hoy por la destrucción de sus ángulos. Tiene cuatro cuerpos de igual altura. Su base es la mayor de todas las pirámides conocidas, pues tiene por lado cuatrocientos treinta y nueve



Antigua forma de la pirámide de Cholula

metros, de manera que es dos veces más extensa que la de Cheops; pero en altura apenas excede á la de Mycerina, pues mide sólo cincuenta y cuatro metros de elevación perpendicular. En elevación es igual á la mayor de Teotihuacán; pero en la base están en relación de dos á uno. La relación de la base á la altura en la de Cholóllan es de uno á siete. Una gran escalera con ciento veinte gradas conducía á la plataforma superior. Ésta, que de observatorio astronómico sirvió al célebre barón de Humboldt, tiene cuatro mil doscientos metros cuadrados, y sobre ella recorre la vista un espacio de grande extensión, desde el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, siempre cubiertos de nieve, hasta el *Citlaltepétl* ó Pico de Orizaba, llamado Cerro de la Estrella, porque al reverberar al sol el hielo de su cima brilla como astro, y vense además el Matlacuéytl ó Malinche, á quien presta sus nieves el invierno, y muy á lo lejos el Xinantécatl ó montaña quebrada de Toluca, que la ostenta siempre. Atraviesan la pirámide galerías interiores: en 1798, con motivo de alinear un camino, se cortó parte del primer cuerpo y se descubrió una pieza cuadrada construída de piedra y sostenida con puntales de ahuehuate que encerraba dos cadáveres, ídolos de basalto, y gran número de vasos barnizados y pintados con arte. Parece que la pieza no tenía salida. Humboldt reconoció los restos de este subterráneo y observó una disposición particular de las piedras, que tendía á disminuir la presión de la gran mole. No podemos menos de reconocer en esto la bóveda trian-

gular de los mayas, así como las pilastras de madera en los puntales de ahuehuate.

Bastante es todo esto para que veamos la civilización del sur en los vixtoti y para que comprendamos que por su origen y su época constituyeron una teocracia, la teocracia de Xelhua, semejante á las teocracias de Zamná y de Votan. Xelhua es el jefe-sacerdote de la raza del sur que construyó las pirámides.

Ya ahora nos explicamos los tipos y tocados de las cabecitas de Teotihuacán que tanto sorprendieron al señor Orozco, aquellas caras que de negros se creyeron, aquellos turbantes como los de Copán, y los tocados con bandas como los de Nachán, y se explica igualmente el traje de que nos habla Sahagún, de mantas y jaquetillas, *maxlli* y cotaros, así como los adornos de ajorcas anchas de oro, joyeles de turquesas y sartales de piedras finas, que nos recuerdan los hermosos estucos del Palenque. Se han encontrado ahí diversas jarras representando caras humanas con un tocado como mitra asiria, de la que caen dos bandas á los lados. Por lo común tienen las mitras trozos de obsidiana incrustados, y casi todas esas jarras son de barro negro, tal vez para imitar el color de los sacerdotes.

De propósito no entraremos ahora en pormenores de las ciudades de Teotihuacán y Cholóllan, que mucho debemos tratar de ellas en lo de adelante, y sólo haremos referencia á una notable fortaleza de que nos habla Muñoz Camargo, á quien han copiado cuantos de ella se ocuparon después, situada entre el cerro Xochitécatl

y Tenayacac, y que fué uno de los principales asientos de los ulmea. Dice que el cerro tendrá un circuito como de dos leguas, y en torno de él, por las entradas y subidas y antes de llegar á lo alto, tiene cinco albarradas y otros tantos fosos de más de veinte pasos de ancho; la tierra sacada de ellos formaba el terraplén de la muralla, y eran tan profundos que vió Camargo que un hombre á caballo y con una lanza no alcanzaba á lo alto en muchas partes.

Si nos fijamos, observaremos un admirable sistema de defensa en el territorio ulmea. Venidos del sur tenían que cuidar los vixtoti su frontera norte, que era el rumbo por el cual podían temer guerras é invasiones. Tres caminos naturales daban entrada á su territorio: uno entre el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, que cubrieron con la fortaleza de que acabamos de hablar; otro por el

monte en que iba el antiguo camino y allí pusieron la ciudad de Cholóllan y su inmensa pirámide; y el tercero, que ahora sigue el ferrocarril, por los llanos de Apán, y lo cerraron con las pirámides de Veitioacán, constituyendo un punto muy avanzado de defensa.

La explicación de esto y del nombre de Veitioacán ó lugar de señales la encontramos en la región de los *mounds*. Refiere Mr. Peet, que en éstos le ha llamado la atención que en algunas localidades se relacionan unos á otros formando un sistema. Así la línea del gran Miami está defendida por tres obras, situada la primera en su embocadura, la segunda en Colerain y la tercera en Hamilton; de ésta parten las obras auxiliares y se extienden á seis millas á lo largo del río; además, diversas obras avanzadas protegen al norte y oeste de Hamilton, los cursos de los afluentes del gran Miami,



Cabecitas de Teotihuacán

mientras que otras de la misma naturaleza se escalonan hasta Daytón y Piqua. Todas estas obras se comunican por *mounds* de señales levantados en puntos muy visibles. Así un *mound* situado en Norwood, detrás de Cincinnati, comunica al este con otro situado en el valle del pequeño Miami, al norte con las obras de Hamilton, y al oeste, por medio de una serie de terraplenes, con el fuerte construído en la embocadura del gran Miami. De esta manera podía transmitirse cualquiera señal de alarma desde la pequeña obra que se eleva al norte de Washington hasta las construcciones de Portsmouth, sobre una línea de más de cien millas de longitud.

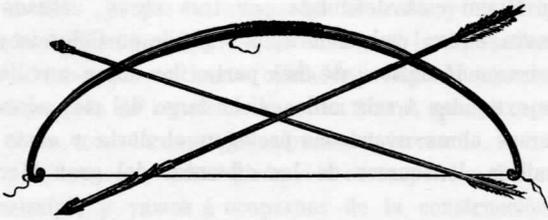
A semejanza, los vixtoti podían desde las pirámides de Veitioacán hacer una señal convenida para avisar la proximidad del enemigo. Precisamente en aquel rumbo y desde ese punto se extendía el territorio de los otomíes, que debemos considerar ya organizados entonces, pues habían construído ciudades, y entre ellas como muy principal ocupaban Mamemhí, que más tarde fué la famosa Tóllan. Una señal, pues, de alarma hecha en

Veitioacán que indicara la aproximación de estos terribles enemigos transmitíase rápidamente hasta Chulul ó Cholóllan, y el rey-sacerdote, que ahí moraba, podía disponer cuanto necesario fuese para la defensa de los dioses y de la patria. La misma metrópoli otomí había sido antes ciudad de los vixtoti y les había sido arrebatada, lo que les obligaba á mayor defensa y cuidado. Parece que Mamemhí fué el lugar por donde llegaron de Tamoanchán los vixtoti, pues su nombre significa *adónde bajaron los abuelos ó antepasados*.

Y es curioso que los otomíes tomaran este su nombre conque los conocemos de una de las ciudades para cuya defensa servían contra ellos mismos, muy principalmente, las pirámides y las señales de Veitioacán. Hablamos de la ciudad cercana de Ottumwa y usamos de esta ortografía porque con ella encontramos otra población en Iowa. Pues bien, más tarde, cuando los nombres de todas estas ciudades tomaron forma nahoa, tornóse en Otompán, y como en aquella sazón llegase á ser el centro de la raza, por entonces maltrecha y

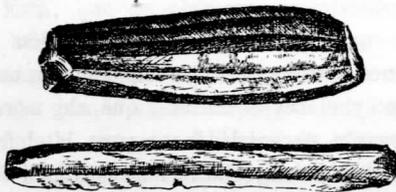
lanzada de su capital, de este nombre hicieron los tolteca el patronímico *otómill*, que á su vez por otomí tradujeron los españoles.

Repetidas ocasiones hemos tenido ya la oportunidad de tratar acerca de las armas y manera de batallar que desde sus primeros tiempos tuvieron los pueblos de la raza del sur. Debemos hacerlo así como lo hicimos respecto de los del norte; comencemos por las armas. La primera y más propia de todas las razas primitivas



Arco y flechas

es el arco y la flecha. Sabemos que los lacandones hacían sus flechas de varas de guapaque, árbol cuyo fruto es semejante al tamarindo; ponían las varas ya labradas y puntiagudas, en arroyos de agua petrificante que hay en su territorio, y después de cuatro días de estar en ella les servían más que las de pedernal. Pero la materia más usada en el sur para las puntas de flecha y de lanza fué la obsidiana. Por eso los quichés hicieron de ella, de la piedra negra *Chay-Abah*, á su casta guerrera. En el Peten, á causa de su aspecto vítreo, creían los españoles que las puntas de flecha eran de cristal. En extraordinaria cantidad se encuentran en el país de los vixtoti, é inmediato á Puebla hay un cerro llamado de *las navajas*, en donde se recogen

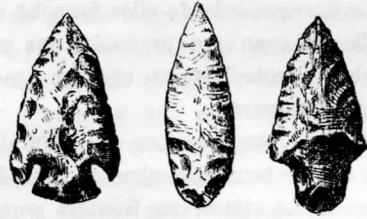


Núcleo y cuchillo de obsidiana

muchas de éstas, así como los núcleos de que se sacaban y de que antes ya hemos dado cuenta. Por los grandes depósitos de armas de obsidiana que se observan en los lugares en que ésta abunda se viene en conocimiento de que en aquella remota antigüedad había fábricas ó talleres de armas que servían para surtir aún á pueblos lejanos, pues en las ruinas de Chihuahua se han descubierto armas de obsidiana de Pénjamo, que está á grandísima distancia. En la región de los *mounds* solamente se encuentran pequeños fragmentos de obsidiana originarios de las Montañas Rocallosas y de Nuevo México. Sus armas eran de sílex y las puntas de flecha de la misma forma y tamaño que las de

obsidiana, aunque la figura de unas y otras variaba á gusto del constructor.

La lanza de larga punta de obsidiana parece haber sido el arma más noble y distinguida de la raza del sur.



Puntas de flecha

El jefe de la casta guerrera era el Hunpictok, el que mandaba diez mil lanzas de pedernal. La lanza debió ser el arma de los jefes y los reyes, pues así se deduce de una hermosa respuesta que uno de ellos dió y que no debe perderse para la historia. Cuando le dijeron á Coboxh que se sujetara á los españoles porque había llegado la época señalada en las profecías, contestó elevándose á la altura de los héroes más grandes de Homero: "¿Y qué importa que el tiempo se haya cumplido si no se le ha gastado á mi lanza de pedernal esta delgada punta?"

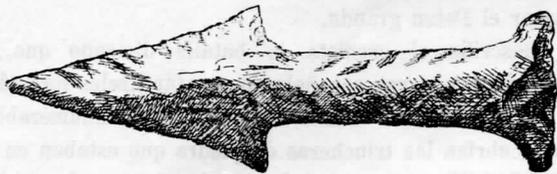


Punta de lanza

Había también puntas de lanza de sílex, y de las dos piedras dardos y cuchillos á que se agregaba un mango de madera, aunque á veces se les hacía de la misma piedra á manera de daga.

Hay que advertir que los pueblos del sur jamás emponzoñaban sus armas como los del norte; y observaremos también que llevaban sus flechas bien dispuestas

en carcajes, pero que no usaban escudos. El señor Orozco dice que tenían algunos de varas de carrizo, pero debemos creer que en época posterior se introdujeron,



Daga

porque en ninguna de las figuras de los monumentos los hemos encontrado.

Agreguemos, finalmente, como armas el hacha de

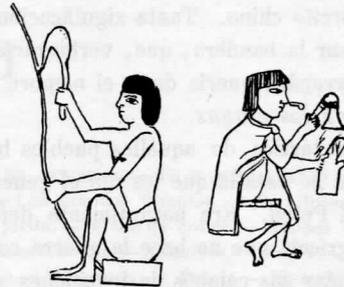


Arma de ceremonia

piedra pulida ó de cobre y la porra de madera fortísima. Los pueblos del sur no usaron la macana. Las hachas eran generalmente de piedras durísimas y admirablemente pulidas. Las del Itzá eran de una roca verde que

suponemos era serpentina, pues hemos visto una de esa materia sacada de Pabellón, ruinas que corresponden á la época de los vixtoti. Las había también de cobre, y Oviedo nos da el dibujo de una de la península maya. Las porras eran de madera durísima y de gran peso, por lo común del árbol llamado *tepehuáxilt*.

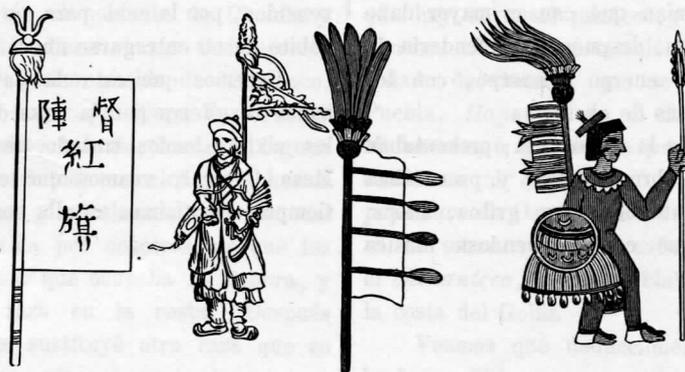
Las hachas servían indiferentemente para la guerra



Hombres cortando madera

y para el corte de madera, y á este propósito no podemos dejar desapercibida la extraordinaria semejanza que hay entre alguna de nuestras pinturas y otra egipcia que representa á un hombre cortando madera con una hacha.

Recordaremos que los guerreros del norte se embijaban para ir á la guerra, usando generalmente del



Chino

Abanderados .

Mexica

color rojo para pintarse. En el sur la costumbre era untarse el rostro y todo el cuerpo de negro. Si agregamos á esto la costumbre igual que los sacerdotes tenían, ¿no es verdad que parece un recuerdo de la raza conquistadora y como una persistencia en creer que sólo con el color de ella los sacerdotes podían ser sagrados y los guerreros invencibles?

Otra particularidad vamos á encontrar en el sur, el uso de la bandera. Y esto es importante, porque las tribus desordenadas no la usan; el estandarte es el centro común de un cuerpo organizado, es la enseña á cuyo derredor hay que triunfar ó morir. Y en efecto,

relata el cronista que á la aproximación al Peten de los soldados españoles, los itzaes se les presentaban como llamándolos á batalla, ya formados en escuadrones, ya en el lago en escuadras bien organizadas de canoas. Tenemos pinturas, aunque ya de soldados mexica, que representan al abanderado. Lleva en la mano su lanza, por su traje y tocado se ve que es guerrero aguerrido y de graduación y tiene la bandera á la espalda. Este guerrero ejercía en campaña las funciones de general y lo llamaban *Hwitznáhuatl*, que significa nahoa del sur, tal vez por recuerdo al origen de la bandera. La forma de ésta era cuadrada, angosta y larga, y estaba formada

de bandas paralelas de rojo y blanco cortadas por dos plumeros de quetzal que remataban en la parte superior. La bandera estaba sujeta á una asta que el guerrero se aseguraba tan fuertemente á la espalda que no era posible arrancársela sin matarlo. El señor don José Fernando Ramírez ha llamado la atención sobre el hecho curioso de que la forma de esta bandera y la manera de llevarla sean absolutamente las mismas que usan ciertos jefes del ejército chino. Tanta significación tenía en los pueblos del sur la bandera, que, verbigracia, cuando fué su capital Mayapán, quería decir el nombre de su ciudad *la bandera de los mayas*.

Sobre la táctica de aquellos pueblos bastante pudo conocerse en la batalla que les dió el general Ursúa en la laguna del Peten. Era naturalmente defensiva, como de pueblo agrícola que no hace la guerra con más objeto que el de cuidar sus campos de invasiones extrañas; así lo indican sus recintos amurallados y con fosos, que son obras fuertes de defensa, lo mismo que sus pirámides y sus murallas con escalones. En éstas parece que la táctica consistía en formar un frente extenso con gran cantidad de combatientes que arrojase inmenso número de flechas y dardos sobre el enemigo que se presentaba. El pensamiento de esa táctica era muy sencillo; en una gradería era fácil colocar mayor número de combatientes de frente que en una simple línea de batalla; mayor número de combatientes tenían que arrojar mayor número de flechas en un determinado espacio de tiempo, y mayor número de flechas tenían que causar mayor daño al enemigo asaltante. A más, después se defendería la pirámide, grada á grada y cuerpo á cuerpo, con los cuchillos de sílex y con lanzas de obsidiana.

Por supuesto, usaban de la emboscada; presentaban batalla apoyados en sus obras fuertes y procuraban atraer al enemigo irritando su cólera con gritos, silbos, contorsiones y brincos que con estruendosa música

acompañaban, y era después su táctica rodear al enemigo y acabar con él. Igual sistema procuraban seguir en sus batallas navales, y eso quisieron hacer con la galeota y la piragua del general Ursúa cuando avanzó á tomar el Peten grande.

Describe el cronista la batalla diciendo que al adelantar las naves españolas presentáronseles formadas en ala las canoas indias, mientras que innumerables itzaes cubrían las trincheras de piedra que estaban en lo bajo de la isla y coronaban los muchos kues, adoratorios ó pirámides que en ella había y sus gradas y pretiles de cal y canto; y cuanto más se iba acercando á tierra la flotilla española más levantaban la gritaría y era mayor la algazara, visajes y movimiento de todos, correspondiendo á los guerreros de las trincheras los de las innumerables canoas que de una y otra banda se iban acercando para unir sus fuerzas y cerrar en medio á la galeota. Cuando la hubieron cerrado fué tal la cantidad de flechas que de agua y tierra sobre ella dispararon que poblaron el aire como espesa lluvia.

Pero ganada la ciudad por los españoles, sólo dos indios prisioneros pudieron hacer, pues toda la inmensa multitud que en tierra y agua les hacía frente se puso en fuga al ver perdida la batalla, prefiriendo morir al rigor de las armas ó al de las aguas de la profunda y dilatada laguna, que rendirse y entregarse á los vencedores, tal vez parte por miedo ó por orgullo, ó parte por la costumbre que tenían de sacrificar á los vencidos, por lo cual para no serlo ellos adquirieron el hábito de no entregarse nunca.

Creemos que esto da ya idea bastante de cómo se hacía la guerra por la raza del sur. Y puesto que con los vixtoti hemos tratado de sus avances en nuestra Mesa Central, veamos qué otras huellas de aquellos tiempos remotísimos en ella nos dejaron.